ARQUEOLOGÍA DE LA METÁFORA

Juan Biondi Shaw
Eduardo Zapata Saldaña

Estamos acostumbrándonos en los últimos tiempos –cada vez más– a leer ejercicios intelectuales marcados por la primera persona gramatical. Cuando en un trabajo académico se aborda el mundo de lo representado como un ello escrupulosamente respetado, pero iluminado por la personalidad autoral, es legítimo hablar de un perspectivismo lingüístico. Entonces, escribibilidad abierta. Cuando se aborda, en cambio, el mundo de lo representado como un ello donde la voz autoral a veces expropia despreocupadamente el mundo de la racionalidad, es lícito acaso hablar de post modernidad. Entonces, riesgo de escribibilidad totalitaria.

Acabamos de terminar la lectura del libro *Arqueología de la modernidad* de Oscar Ugarteche. Como quiere el autor, se trata de un ensayo “sobre el Perú en la globalización” (Ugarteche, p. 15). Un texto que en una primera lectura nos ofrece la visión de un economista sobre un proceso que nos involucra, proceso que “...no ocurre en el aire. Ocurre en los lugares y en las sociedades, aunque se piense que lo virtual es hoy más real que antes. (Ugarteche, p. 15). Un texto que a partir de “una mirada desde el Perú, desde lo que ocurre

y es reconocible, mensurable y perceptible" (Ugarteche, p. 15), razona verbal y aritméticamente un proceso para concluir que en un país como el nuestro "Es difícil hablar de una economía de mercado sin la existencia de sujetos iguales ante el otro y ante la ley" (Ugarteche, p. 19) y que, por lo tanto, la globalización en el Perú está determinando dramáticamente una resultante: "Los que pueden competir se integran, y los que no, son excluidos" (Ugarteche, p. 41). Como lo documenta escrupulosamente Ugarteche, la modernidad sólo alcanza al 10% de peruanos, que están en el mercado, aunque el 90% esté constituido por "...las mayorías excluidas [que] son las que pagan este ejercicio de modernización" (Ugarteche, p. 16).

Ya hace mucho tiempo Ernst Cassirer había superado la tradicional definición del hombre como animal racional. Cassirer señaló que lo característico del ser humano radica en lo que él denomina los "poderes formadores simbólicos". Como lo subraya Leopoldo Chiappo en un excelente artículo publicado en la revista *Acta Herediana*, Cassirer afirma "...mientras el animal se mueve en un mundo de señales, de reacciones, de impulsos vitales, el hombre construye y constituye un mundo de símbolos, de respuestas y de proyectos de largo alcance... (Chiappo, p. 24); para añadir: "Gracias a la apertura hacia el mundo simbólico, el hombre no se queda en la cerrazón subjetiva de las sensaciones ni de los crudos impulsos vitales de defensa y agresión, de poder y de dominio..." (Chiappo, p. 31).

De modo que el hecho económico no puede ser simple asunto de oferta y demanda. Ni su análisis es simple asunto de certificación cuantitativa. El hecho económico es un hecho simbólico. Y un economista culto rastrea allí las razones y sinrazones de su quehacer.

Recién se abre, entonces, una segunda lectura del libro *Arqueología de la modernidad*. La lectura. Donde tomamos cuenta de que "Fuimos y hemos vuelto a ser un país acomplexado, con un pie trabado en el siglo XVIII mientras

el otro está galopando en el siglo XXI" (Ugarteche, p. 20) y que "La mentalidad femenina pasiva de 'penétreme y lléneme de crecimiento económico' ha regresado. 'Átame y hazme feliz' parecería ser el imaginario simbólico frente a lo extranjero" (Ugarteche, p. 20).

Pero la atención a lo simbólico atiende también a la metacognición: "La globalización ha sido posible por la generalización de reglas de juego universales que están contenidas dentro de un esquema teórico de equilibrio general que a la luz de los acontecimientos de Asia no funciona para nadie. No ayuda a predecir. Si no ayuda a predecir, la teoría como paradigma no es adecuada y debe ser reemplazada por otra que ayude a hacerlo. En el nombre de la ciencia, la persona ha sido olvidada de la función económica, y esto es un contrasentido. Al fin y al cabo la economía es la ciencia que estudia la transformación de la naturaleza por el hombre. O acaso ya no lo es y ahora estudia los (des) equilibrios financieros" (Ugarteche, p. 48).

Ante aventuras metacognitivas basadas más en un sesgo ideológico que en lo propiamente económico y que se presentan, sin embargo, como universales científicos, Oscar Ugarteche opta meridianamente por singularizar en su objeto de estudio la especificidad del hecho económico como hecho simbólico. No se circunscribe a concebir su quehacer como el de un alquimista numérico y no tiene reparos entonces en suscribir, aun cuando probablemente no la conozca, una declaración del gran filólogo alemán Leo Spitzer: "Cuando un método de análisis científico ha llegado a alejarse a tal punto de la observación natural, es lícito acercar la ciencia a la consideración [ingenua] de los fenómenos" (Spitzer, p. 147).

El rescate del hecho económico en tanto hecho simbólico no sólo devuelve la economía al terreno de lo humano, sino permite identificar mejor las variantes concurrentes en el hecho. Y hace entonces inevitable la concurrencia metacognitiva de varias disciplinas.

Porque como lo quiere Umberto Eco, un símbolo no se agota en su dimensión comunicativa. En la simple circulación y en el consumo. Ese es sólo un aspecto de la función simbólica. Pero esta va más allá. Pues un símbolo tiene además funciones de anclaje y conocimiento. Gracias a los signos que guardamos en la mente y que producimos, somos capaces de reconocernos en ellos, de conocer y reconocer al otro por similitudes y diferencias y, finalmente, de comunicarnos o incomunicarnos.

Y he allí los grandes temas subyacentes a este libro. La identidad (¿qué es ser peruano en el Perú?), el conocimiento y reconocimiento entre peruanos (¿qué nos une y nos separa?) y la comunicación (¿hablamos los peruanos entre nosotros el mismo lenguaje?).

Desde una perspectiva diacrónica o histórica, mucho se ha escrito acerca de las repercusiones que tuvo para las sociedades orales la aparición y difusión de la imprenta y, contemporáneamente, la repercusión que está teniendo la aparición y difusión de los medios electrónicos sobre sociedades que erigieron su cultura en torno a la palabra escrita. En sociedades que tuvieron una alfabetización profunda, es fácil así reconocer claramente tres etapas muy marcadas en su desarrollo cultural.

Pero desde una perspectiva sincrónica, poco hemos reflexionado sobre sociedades donde el trazo de las líneas de lo oral, lo escrital y lo electronal no es suficientemente marcado. Donde estas líneas no constituyen un continuum sucesivo, sino más bien una concurrencia de simultaneidades. Y cuánto más sentimos ahora la ausencia de los trabajos precursores de Antonio Cornejo Polar en este sentido.

Basta con acercarse con una mirada ingenua y con un aparato metodológico apropiado para comprobar que la cultura oral en el Perú jamás desapareció. Basta con acercarse con esta misma mirada para entender que por diversas ra-

zones, que no interesa destacar aquí, la aventura de la evangelización en la letra escrita nunca llegó a realizarse. Basta con mirar, en fin, a los jóvenes de hoy para percatarse de que la palabra electrónica compite con la palabra escrita y con la palabra hablada.

Y ocurre que estas tres palabras han vertebrado y vertebran a las sociedades. "La primacía de la palabra hablada, escrita o de la palabra electrónica construye alrededor de ellas determinados tipos de tecnología, de organizaciones sociales, con una envoltura de circulación de información dada" (Biondi-Zapata, p. 16). En términos de Alvin Toffler, estaríamos hablando de tecnósfera, sociósfera e infósfera. Lo que significa que la vigencia o no de un sistema cultural dado —basado en una u otra palabra— crea espacios axiológicos o espacios de sentido en los cuales discurren individuos o colectividades, comprometiendo su propia identidad. Estos espacios de sentido no son otra cosa que las claves de interpretación y comportamiento que un sistema cultural ofrece a los individuos adscritos a él. Es lógico, entonces, que los procesos de producción de significado varíen de un sistema a otro porque "Cada sistema... alberga sus propias pertinencias de identidad y desde esta perspectiva, y para decirlo con Baudrillard, cada configuración crea su propio espacio y tiempo" (Biondi-Zapata, p. 16).

Las lenguas, se ha dicho hasta la saciedad, moldean el ser de colectividades e individuos y constituyen una manera de ver el mundo. Ya Ferdinand de Saussure nos advirtió, sin embargo, que "...el problema lingüístico es primordialmente semiológico...", para añadir "Si se quiere descubrir la verdadera naturaleza de la lengua, hay que empezar por considerarla en lo que tiene de común [o diferente] con todos los otros sistemas..." (Saussure, p. 62). Idéntica preocupación sobre la relación entre la lengua y otros sistemas culturales animó al Círculo de Praga cuando en una de sus Tesis nos dice "...la propagación de los hechos de la lengua que modifican un sistema lingüístico dado no se efectúa de un modo

mecánico, sino que está determinada por las disposiciones de los sujetos que las reciben" (Círculo, p. 22). Así, estas disposiciones, como es obvio, nos remiten a los sistemas culturales. Porque —como se señaló— ellos las moldean.

Por habernos supuesto en nuestro imaginario oficial como una sociedad construida a imagen y semejanza de otras, imaginamos a los peruanos como también evangelizados en la palabra escrita. Y seguimos creyendo con pertinacia poco académica que los esfuerzos y logros alfabetizadores habían "superado" la oralidad. Recordemos sin embargo que, como señalan y demuestran los estudios de McGann y McNeil, aun el propio acto de leer no es sinónimo de escribabilidad. Se puede leer, y mucho, pero no estar adscrito al sistema cultural de la palabra escrita (McGann, p. 4). McNeil subraya cómo los pensamientos orales o escribales sólo son posibles si la tecnología comunicativa ha sido interiorizada en profundidad (McNeil, p. 258).

De modo que mirar al Perú desde la globalización es fructífero sólo si se le mira paralelamente desde su particularidad. Porque mientras allá hubo una linealidad histórica que supuso sucesión gradual de inclusiones, acá tenemos aún hoy una simultaneidad de exclusiones. Por haber supuesto que cuando el sonido se hizo grafía estábamos ante un automático e inevitable progreso global, nunca entendimos que no necesariamente el sonido debía hacerse grafía, que la grafía no garantizaba escribabilidad y no hemos abierto así nuestra mente lo suficiente para entender qué puede suceder con las sociedades escribabilizadas ante la presencia de la palabra electrónica.

Las particularidades de lo oral, lo escribal y lo electronal nos remiten a simples caracterizaciones de los códigos respectivos. El asunto de las exclusiones e inclusiones nos remite a la consideración de en qué circunstancias concretas se han actualizado y actualizan dichos códigos.

Las sociedades orales privilegian la circunstancia, el tiempo concurrente, el aquí y el ahora presentes. Ello supone, a su vez, que el eje privilegiado del discurso lingüístico sea aquel de la combinación de elementos. De donde el imaginario social está construido sobre la base de figuras metonímicas, figura retórica de representación que opera por sustituciones y asociaciones basadas en la contigüidad de elementos presentes en un contexto dado.

Las sociedades escritas configuran un universo de representación basado en la metáfora. Los imaginarios sociales escritos están contruidos sobre la base de figuras metafóricas, figura retórica de representación que opera por sustituciones y asociaciones basadas en la semejanza; en la asociación por semejanza entre un elementos presente y uno ausente. "La objetivación de sonidos en grafías lo había permitido" (Biondi-Zapata, p. 22).

Las sociedades electrónicas nuevamente privilegian el razonamiento metonímico. Allí están los jóvenes diciéndolo todos los días a través del manejo de su lenguaje. Allí está la facilidad con la que individuos de sociedades orales logran manejar la palabra electrónica.

En orden a lo expuesto hasta aquí, podemos señalar entonces lo siguiente:

- A. En primer lugar, no es la simple observación atomizada de características del lenguaje la que posibilita identificar la pertenencia de un individuo a uno u otro sistema cultural. Esta pertenencia obedece a la identificación subyacente de razonamientos metafóricos o metonímicos, a partir de los cuales se construyen imaginarios.
- B. En segundo lugar, las sociedades pueden vertebrarse oficialmente en torno a una de las tres palabras, mientras sus individuos transcurren —distantes— entre otras palabras, otros códigos y otros razonamientos.

- C. Semióticamente, entonces, al ser los signos instrumentos de anclaje, conocimiento y comunicación no sólo unen, sino también pueden desunir. Pero este no es un asunto de signos, sino de los hombres.

Si, como lo señalamos, autores como McGann y McNeil subrayan que ser alfabetizado no es sinónimo de escribaldad, cabe preguntarse en primera instancia cuáles son los mecanismos básicos de razonamiento de los peruanos de hoy. Y cabe preguntarse, en aras del anclaje, del conocimiento y reconocimiento y de la comunicación, qué relación puede establecer un individuo que razona metonímicamente con un Estado concebido desde el razonamiento metafórico.

Porque la sociedad peruana, desde la conquista, ha pretendido organizarse políticamente a imagen y semejanza de otras realidades. Hemos sido, históricamente, una metáfora pobre o rica del norte desarrollado. Primero, transplantando instituciones ajenas, pero coherentes con un esquema de dominación. Luego, transplantando instituciones ajenas, pero incoherentes con un esquema de emancipación. Porque al tratarse de instituciones basadas unilateralmente en la palabra escrita, la mayoría de los actantes del proceso social quedaron automáticamente excluidos de ellas. Sólo que hoy quienes fabulan el Estado ni siquiera necesitan ser escribales, sino pseudo escribales. Seguimos viviendo del prestigio de la palabra escrita, aunque sea falsificada.

Y aquí retomamos a Oscar Ugarteche. Retomamos contacto con la *Arqueología de la modernidad*. Porque ese libro nos habla de *incluidos* y *excluidos* en orden al mercado. Pero como no podía ser de otra manera, porque Ugarteche es un hombre escribal, la tesis del libro es una metáfora de los incluidos y excluidos respecto al Estado. Más aún: respecto a la cultura y a la vida.

Ese es el fondo del asunto. La existencia de un Estado de papel en un país donde no es cierto aquello de *verba volant*,

scripta manent o puede asegurar oportunidades para todos. Porque allí donde los derechos interfieran con el Poder, la grafía emancipadora automáticamente se evanesce.

Ugarteche dice en su trabajo que somos un país de migrantes. Somos migrantes también respecto al Estado. Somos los peruanos extranjeros respecto a un Estado que nunca entenderemos, porque no está codificado en nuestra lengua ni de acuerdo a nuestra mentalidad.

Si la metáfora final mercado/ Estado/ cultura/ vida es correcta, y lo es; y si son correctas las razones de exclusiones e inclusiones, el libro podría no llamarse *Arqueología de la modernidad* sino Arqueología de la metáfora.

Reflexión final: Las expropiaciones materiales suelen ser siempre dolorosas. Allí están nuestra historia social e historias individuales de justificado resentimiento. Pero las expropiaciones simbólicas son acaso más dolorosas. Porque no se le quita a alguien algo, sino simplemente lo más suyo: ese alguien.

Y nuestra historia, en plena era de la globalización y modernización, no sólo no cesa de expropiar conquistas y derechos. Sino acentúa expropiaciones simbólicas. Excluir a alguien del mercado es grave. Pretender excluirlo de sus propios símbolos es peor. Se le está negando a la persona la capacidad de autoidentificarse, de conocer y reconocerse y, finalmente, de comunicarse.

El libro de Ugarteche, más allá de lo que podamos haber dicho hasta aquí, contiene este profundo reclamo humano. "Lo escandaloso en el Perú es decir lo que uno piensa, es, hace" (Ugarteche, p. 32). Y se abre así una reflexión más profunda: ¿Cuál es el precio de estar en el mercado? ¿Acaso el abandono del pensar y el tener que vivir un mundo sin símbolos propios? Tal vez ese sea el precio. Porque, como dice Ugarteche "Somos percibidos como la amenaza de los bárba-

ros para los romanos..." (Ugarteche, p. 59). Sólo que la historia posterior de los llamados bárbaros y los romanos la conocemos todos.

BIBLIOGRAFÍA

BIONDI, Juan y Zapata, Eduardo

1994 *Representación Oral en las calles de Lima*, Lima, Universidad de Lima.

CHIAPPO, Leopoldo

1997-1998 *Ernst Cassirer y el concepto de forma simbólica* en Acta Herediana, revista de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

CÍRCULO LINGÜÍSTICO DE PRAGA

1970 *Tesis de 1929*, Alberto Corazón editor, Madrid.

MCNEIL, Lynda

1992 *Recreating the world / word*, State University of New York Press.

SAUSSURE, Ferdinand de

1961 *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires.

SPITZER, Leo

1942 *La interpretación lingüística de las obras literarias* en *Introducción a la estilística romance*, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología.

UGARTECHE, Oscar

1998 *Arqueología de la modernidad*, Desco, Lima.